



Goycochea Menéndez (Lucio Stella)

APOLODORO

Un pórtico de Mnesicles. Columnatas dóricas sostienen los chapiteles de mil hojas que brillan como blancas flores gigantescas. En la cúspide del triángulo del frontis, Nereida teje con sus manos de piedra una corona de ensueños. Más abajo en relieve, las Gracias celebran el nacimiento del Genio. Bajo la sombra del Propileo, Apolodoro traza un torso en una hoja de bronce laminada bajo los soles africanos. Una doncella a su lado, muestra ante los ojos de la Primavera, los botones de su pecho, que empollan recién sus pétalos purpurinos, al calor de los castos deseos.

LA DONCELLA

Maestro: Píntame como a Venus brotando de un copo de espuma, entre el coro fabuloso de las ninfas y los tritones. Píntame como a ella, engalanada con las perlas con que las esposas de los sátrapas entretejen sus cabelleras; con sus labios rojos, como la savia que enciende la vida de las rosas; con su rostro luminoso, ¡como un lirio que se colora bajo la caricia de la Aurora!

APOLODORO

¿No quieres que coloque sobre tus sienes el casco refulgente donde brilla la centelleante aureola de Minerva? ¿No quieres que encierre tu busto en la coraza de mil escamas, donde se estrellan las asechanzas y la ignorancia de los hombres?

¿No quieres que sobre tu frente blanca como una Luna, haya un copo de luz tomado al Alba?

LA DONCELLA

¡No! Quisiera ser Diana anhelante bajo las frías bóvedas de las frondas a la espera de la presa que viene a abrevarse en el sello de plata de un manantial. Quisiera verme estampada allí, entre el iris de tus colores con mi figura juvenil desnuda, confundiéndose bajo los toques de tu pincel la pureza de mi carne con la pureza de tu genio.

APOLODORO

¿No quieres que haga surgir el día en tus pupilas, al colocarte sobre la nube de Juno? -¿No quieres verte entre lo azul, con tus vestiduras flotantes sostenidas por céfiros alados que tiñen entre sus manos liras de pétalos de azucenas?

¿No quieres ver ante ti reunida la falange fulgurante de los Dioses?

LA DONCELLA

¡No!-Píntame como a la estrella, vagando entre la noche, con su cabellera de rayos reflejándose en la nieve de las lejanas cordilleras. Envuelve mi cuerpo en el rojo cendal de los cometas y ponme después sobre un ampo de sombra para que mis formas tracen sus líneas onduladas sobre la noche profunda que crearon tus colores.

APOLODORO

¿No quieres ser la vestal vestida de lino con los cabellos aprisionados en el arco de oro fino de Arabia? ¿No quieres verte encendiendo el fuego virginal ante el plinto de la Diosa velada, solo tocada por tus manos? ¿No quieres calzar la argentada sandalia bajo tus pies cuidados por cien esclavas y perfumados en esencia de acacias?

LA DONCELLA

¡No! -Quiero renacer en las curvas de tu pincel, como la ondina en el seno de una gruta, coronada de vides, deslizándose por entre el alabastro de las estalactitas. Quisiera verme con el cuello rodeado de guijarros encarnados y mis cabellos engarzando los esplendentes ópalos de los nenúfares.

APOLODORO

¿No quieres ser Ceres con la corona de mieses y los pechos despidiendo raudales inagotables de la leche de las uvas? ¿No quieres verte en la eterna Primavera haciendo surgir a tu paso nubes deslumbrantes de luciérnagas y de mariposas? ¿No quieres vestir un traje de rocío y llevar entre tus manos el cetro del arado?

LA DONCELLA

¡No! Píntame en un jardín azul donde las fuentes despidan rubíes rojos como la grana de mi boca; donde las pomas sazonadas sean tan gratas al labio como al olfato; donde haya alondras de alas de oro y luceros que vaguen como libélulas!

APOLODORO

Te crearé como tú quieras. Tú serás Venus, tú serás la ondina, tú serás la estrella. A tu lado el esposo cantará a tu oído las cadencias de los tálamos nupciales y una Gracia gentil bordará en la orla de tu manto la frase delicada de los primeros amores.

¡Mira como naces bajo mi impulso. Contéplate en tu casta belleza. Besa esos labios húmedos que son tus labios; recreáte en esos ojos azules como una onda del Egeo, que son tus ojos; en ese cuerpo de durezas incitantes, que es tu cuerpo; en esa cabellera como una nube de rayos de sol cayendo sobre una ánfora de hojas de rosa!

¡Mira como surges del azur, del carmín, y de la blancura de nieve de mi pintura! Tú estás ahí, eterna como los senos fecundos de las montañas; grande con la grandeza de lo inmenso.

¡Tú has salido ya del polvo y sobre el bronce de esa plancha, tienes una gota de la esencia de mi inmortalidad!

2009 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace. www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

